

María del Carmen Azpelicueta Criado, Phd. Profesora-Investigadora.

Departamento de Economía de la Empresa, Universitat de les Illes Balears

Carretera Valldemossa Km 7.5, E-07022 Palma de Mallorca, Islas Baleares, España

Teléfonos: 971 17 30 00 (ext. 1397) ó 620 955 045 (Despacho DB023)

e-mail: m.azpelicueta@uib.eu

Licenciada en Ciencias del Trabajo, Graduada Social Diplomada y Becaria FPU de Economía de la Empresa en la Universitat de les Illes Balears. Profesora-Investigadora de Comercialización e Investigación de Mercados en la Universitat de les Illes Balears y Miembro del Grupo de Investigación en Dirección y Gestión de Empresas y Destinos Turísticos.

José Ramón Cardona, Dr.

Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca (España).

e-mail: jramon.cardona@terra.com

Licenciado en Administración y Dirección de Empresas, Licenciado en Economía y Doctor en Economía de la Empresa por la Universitat de les Illes Balears. Miembro del Grupo de Investigación en Dirección y Gestión de Empresas y Destinos Turísticos.

Antoni Serra Cantallops, Dr.

Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca (España).

E-mail: antoni.serra@uib.es

Licenciado en Ciencias Económicas por la Universidad Nacional de Educación a Distancia, Master of Business Administration por la Middlesex University y Doctor en Economía por la Universitat de les Illes Balears. Profesor Titular de Comercialización e Investigación de Mercados en la Universitat de les Illes Balears e Investigador Principal del Grupo de Investigación en Dirección y Gestión de Empresas y Destinos Turísticos.

MYTHS BEHIND THE IMAGE OF THE HOLIDAY DESTINATIONS

Abstract: The tourist promotion of the top rated holiday destinations and its international image elements show similarities: predominance of island destinations, warm or tropical climates, hospital treatment, references to light or white colour. The similarities occur even to destinations distant and different in its geography, society, culture and climate. In this work arises if there exists some cultural element that evoke these similarities. This element must have ancient and universal roots to allow similarities in different destinations and with culturally diverse issuing markets. We propose the "Lost Paradise" as a possible cultural element of evocation in the promotion of the holiday destinations. The desire to return to a paradise from which we were expelled in the beginnings of humanity is an element present in the mythologies of civilizations from different continents. The common elements of this myth in different cultures coincide with the common elements in the promotion of many holiday destinations: isolated ground, spring-like climate, land of plenty (Paradise or garden primeval), the white color (clothing, houses, etc.), the presence of the good savage (hospital residents), etc. Therefore, many vacation destinations offer a 'Paradise Island inhabited by the Good savage" and sell the temporary return to the Lost Paradise.

Key Words: Island, Lost Paradise, Myth, Good Savage, Return.

MITOS DETRÁS DE LA IMAGEN DE LOS DESTINOS VACACIONALES

Resumen: La promoción turística de los destinos vacacionales más valorados y los elementos de su imagen internacional muestran similitudes: predominio de destinos insulares, climas cálidos o tropicales, trato hospitalario, referencias a la luz, referencias al color blanco, etc. Las similitudes se dan incluso en destinos distantes y distintos en su geografía, sociedad, cultura y clima. Este trabajo se plantea si existe algún elemento cultural al que evocan estas similitudes. Este elemento debe tener raíces antiguas y universales para permitir similitudes en destinos distintos y con mercados emisores culturalmente diversos. Se propone el “Paraíso Perdido” como posible elemento cultural de evocación en la promoción de los destinos vacacionales. El anhelo de regreso a un paraíso del que fuimos expulsados en los inicios de la humanidad es un elemento presente en las mitologías de civilizaciones de diversos continentes. Los elementos comunes de este mito en distintas culturas coinciden con los elementos comunes en la promoción de muchos destinos vacacionales: tierra aislada, clima primaveral, tierra de abundancia (paraíso o jardín primigenio), el color blanco (ropa, casas, etc.), la presencia del buen salvaje (residentes hospitalarios), etc. Por tanto, muchos destinos vacacionales ofrecen una “Isla Paradisiaca habitada por el Buen Salvaje” y venden el regreso temporal al Paraíso Perdido.

Palabras Clave: Isla, Paraíso Perdido, Mito, Buen Salvaje, Regreso.

INTRODUCCIÓN

Al pensar en los destinos turísticos vacacionales más prestigiosos y admirados del mundo, vienen a la cabeza diversas preguntas: ¿Por qué la gran mayoría de ellos son pequeñas islas? ¿Por qué en la mayoría de los casos son destinos situados entre el trópico de Cáncer y el Trópico de Capricornio? ¿Por qué se habla de “playas de arena blanca” con tanta frecuencia, cuando normalmente la arena es amarilla? ¿Por qué la moda Adlib de Ibiza, las casas de las islas griegas o los lienzos de las camas balinesas son de color blanco? ¿Por qué cuando pensamos en las islas del pacífico nos vienen a la mente islas de Polinesia y no de Melanesia? ¿Por qué Bali es la más turística de las 11.000 islas de Indonesia? Al reflexionar sobre estas cuestiones se observan, en la promoción turística y en la oferta creada, referencias a elementos contenidos en un conjunto de mitos presentes en múltiples culturas desde hace miles de años y que perviven en la actualidad. Los diversos mitos poseen elementos comunes y que inducen a plantear que en el fondo se trata de una creencia o anhelo ancestral común a toda la humanidad:

- Estos mitos hablan de lugares de vida placentera y tranquila, origen del mundo y, a veces, destino de las almas puras tras la muerte. Estos lugares son denominados en occidente Paraíso o Jardín primigenio (Nieto, 2004).
- Estos lugares están habitados por seres puros y sin maldad, ejemplo de conducta para el común de los mortales. En los últimos siglos, son Nobles Salvajes, personas de vida sencilla pero moralmente admirable.
- Frecuentemente, estos lugares paradisíacos son islas en mitad del *Océano*. El concepto de Isla también vaga por la mente humana desde tiempos remotos debido a la peculiaridad de estar, a la vez, conectado al resto del mundo por el mar y perfectamente delimitada, separada y purificada por este mismo mar. La Isla es un mundo perdido, un paraíso perdido, apto para albergar la utopía.

La Isla Paradisiaca aparece frecuentemente y desde la antigüedad más remota en las narraciones de viajes reales o imaginarios (Homero, Hesíodo, Píndaro, Platón, Plutarco, Tomás Moro, etc.) y es un anhelo de búsqueda para exploradores, primero, y turistas, después. La búsqueda de la Isla Paradisiaca puede verse en la predilección por los destinos turísticos insulares.

El objetivo de este trabajo es mostrar que hay un anhelo de vida más placentera, el cual se plasma en la mitología y la literatura universal como el deseo de regresar a un paraíso perdido del que fuimos expulsados. Primeramente revisaremos los elementos de este mito y sus referencias y simbología, para a continuación definir como se concreta el mito en su conjunto, determinando la imagen turística ideal de un destino vacacional. La definición de ese paraíso se convierte en modelo absoluto con el que se comparan muchos destinos turísticos, influyendo en el grado de deleite de los turistas y generando la imagen del destino. Por tanto la definición del Paraíso Perdido nos da las pautas del éxito turístico.

ELEMENTOS DEL MITO

El mito que exponemos está compuesto por diversos elementos. En este primer apartado repasamos las definiciones, referencias literarias antiguas y similitudes entre las distintas culturas de estos elementos como paso previo para entender y configurar un mito más universal y general en el siguiente apartado que permita entender las aspiraciones ancestrales que guían a exploradores y viajeros desde hace siglos.

Al analizar estos elementos míticos y sus representaciones en culturas muy distantes entre sí, se observan similitudes entre las distintas representaciones míticas y como algunos de estos conceptos son sinónimos o complementarios. Estos componentes son:

- *El Paraíso*. También conocido como Jardín primigenio o Jardín del Edén, Campos o Llanura Elísea, como isla o islas de los Bienaventurados o de los Afortunados y como Isla Blanca. Es el Cielo del cristianismo y el islam.
- *La Isla*. Como lugar preferido para la localización del Paraíso por su condición de aislamiento del mundo.
- *El Buen Salvaje*. Concreción de los humanos de moral intachable en contraposición con los hombres civilizados, caracterizados por un conjunto de defectos morales.

- **Paraíso-Jardín.**

Paraíso en la lengua griega es sinónimo de jardín. En el Antiguo Testamento es la patria del linaje humano antes del pecado original. He aquí la descripción del Paraíso, según el Génesis:

“Yahvéh-Dios plantó un jardín en el Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había modelado. Yahvéh-Dios hizo brotar del suelo toda especie de árboles seductores a la vista en medio del jardín, y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Un río salía del Edén para regar el jardín y desde allí se dividía para formar cuatro brazos. El primero se llama Pisón: rodea todo el país de Javilá, donde hay oro; el oro de este país es puro y allí se encuentran bedelio y piedra de ónice. El segundo río se llama el Guijón, y es el que rodea todo el país de Kush. El tercer río se llama el Tigris, que corre al oriente de Assur. El cuarto río es el Éufrates. Yahvéh-Dios tomó al hombre y lo estableció en el jardín del Edén para que lo cultivase y guardase. Y Yahvéh-Dios dio al hombre este mandato: Puedes comer de todos los árboles del jardín. Pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, pues el día en que de él comieres, morirás sin remedio” (*Génesis 2, 8-17*).

El paraíso es el *Paradesha* sánscrito, la “región suprema” el *Pardes* caldeo. Se vuelve a encontrar la misma noción en China donde las islas de los Inmortales, o el paraíso del *K’uen-luen*, están poblados de animales pacíficos. El jardín circular *P’i-yong*, que rodea al *Ming-t’ang*, está poblado de animales; los paraísos budistas están poblados de aves, símbolos angélicos. La tradición islámica multiplica y amplifica los detalles concretos. Normalmente, se representa el paraíso en una claridad y una primavera perpetuas (Chevalier, 1999; Corbin, 1995; Eliade, 1977, 2008; Griaule, 1956; Grousset, 1951; Guénon, 1925, 1927, 1969, 1976a, 1976b; Lao Tse, 2005; Schuon, 1950). Los primeros *asharíes* insisten sobre el carácter incomparable e inefable de los gozos paradisiacos, sin ninguna medida común con los placeres terrenos (Bearman, 1960-2005, *Djanna*). Los monjes irlandeses de la alta edad media asimilaron globalmente el paraíso cristiano al *sid* de la antigua tradición céltica. Pero en virtud de la correspondencia establecida por ellos mismos entre los elementos de la tradición céltica y la cronología bíblica, asimilaron Irlanda a una tierra prometida y a una imagen terrenal del paraíso: tierra fértil, de clima dulce, que no habitan serpientes ni bestias dañinas (Lebor Gabála Éirenn, 1938-1956, art. *passim*).

El paraíso terrenal del Génesis era un jardín, y los jardines de la Roma antigua eran recuerdos de un paraíso perdido y también imágenes y resúmenes del mundo, como los jardines japoneses y persas. El jardín del Extremo Oriente es el mundo en pequeño, pero es también la naturaleza restaurada en su estado original. El Asia oriental conocía también jardines paradisiacos: el *K’uen-luen*, centro del mundo y puerta del cielo, está ornado con jardines colgantes –que evocan los de Babilonia– donde mana una fuente de inmortalidad. Y el jardín circular, como el Edén, que rodea el *Ming-t’ang* también es de naturaleza paradisiaca: repite, en el centro del imperio, el de *K’uen-luen* (Chevalier, 1999).

El claustro de los monasterios, el jardín cerrado de las casas musulmanas, con su fuente central, son imágenes del paraíso. Además, advierte Abu Ya'qu'u Sejestani, *jannat* (el Paraíso) incluye el término persa que significa “un jardín engalanada de árboles frutales, plantas odoríferas y corrientes de agua viva” y Alláh es el Jardínero (Burckhardt, 1947; Chevalier, 1999; Corbin, 1995; Guénon, 1969, 1976b; Maspéro, 1950; Stein, 1942). Es la morada del más allá reservada a los elegidos: “Estos tales morarán en el Jardín eternamente como premio a sus obras” (*Corán*, 46, 14).

En las civilizaciones amerindias, el jardín se concebía igualmente como un resumen del universo. Pero entre los aztecas reunía, no solamente lo que hay de bello y exultante en el mundo: flores, manantiales, montañas, ríos y caminos, sino también los seres temibles y hasta las monstruosidades de la naturaleza (Chevalier, 1999).

Si el paraíso terrenal se torna inaccesible, es porque las relaciones entre cielo y tierra se han roto por la caída o expulsión. La aspiración al paraíso perdido es universal, poniendo de relieve la intuición universal de un centro primordial único pues esta convergencia se dirige menos a un lugar que a un estado (Chevalier, 1999). El “descanso semanal” es una imagen temporal del paraíso, y en lo geográfico, las Islas Bienaventuradas, los El Dorado, etc. también (Cirlot, 2006).

Las obras de arte y los sueños, tanto en el estado onírico como en el de vigilia, ya sean espontáneos o provocados por drogas, se llenan de representaciones inspiradas en lo que se ha llamado la Nostalgia del Paraíso o la Búsqueda del Paraíso Perdido (Chevalier, 1999). El paraíso perdido según Cirlot (2006) es el símbolo del “centro místico”, o más bien de su manifestación espacial. Infinidad de mitos en las tradiciones occidentales y orientales hablan de los orígenes de la humanidad, del paraíso en el que vivíamos y de cómo lo perdimos. Aunque los detalles de cómo lo perdimos varían entre las distintas culturas, coinciden en que un desenlace fatal nos expulsó de una supuesta felicidad primigenia. Si hay algo de cierto en esas historias es de difícil demostración, aunque

una exégesis podría vincularlo al abandono de la selva africana por parte de los ancestros de nuestra especie. Lo único claro es que la humanidad, sobre todo las diversas civilizaciones que ha conocido el mundo, no han parado nunca de buscar el hipotético Paraíso Perdido o algo lo más parecido posible a él.

Sea cual sea la forma de vida que hayamos tenido en cualquier época de la Historia, siempre hemos intentado mejorarla buscando una felicidad que nos resulta esquiva. El desarrollo de nuestra civilización se debe a esta búsqueda del Paraíso Perdido, de un mundo mejor: hemos explorado el mundo buscando el Paraíso, hemos innovado e investigado para mejorar nuestra vida material, hemos creado nuevas formas de sociedad y de espiritualidad con el fin de conseguir un paraíso más mental que material, etc. Es la esencia de la nostalgia del pasado y de los anhelos de futuro la búsqueda del Paraíso Perdido, aunque esta búsqueda quizá sólo sea una explicación mítica de un impulso humano complejo.

Ya sea porque realmente perdimos algún Paraíso, o porque nos mueve el instinto, el caso es que nunca hemos cesado de buscar. Desde la antigüedad hasta tiempos recientes, la búsqueda se dirigía principalmente hacia aquellos lugares desconocidos de nuestro planeta, descubrir nuevas tierras. Se creía que el paraíso se encontraba en tierras lejanas y vírgenes (Colón, 1971), pero terminamos de buscar por todo el mundo sin encontrarlo. Una vez explorada toda la Tierra, se acabó la esperanza de encontrar un paraíso geográfico. Tras este fracaso, la humanidad se centró en la Ciencia como medio para crear el paraíso a nuestro alrededor, pero tampoco así lo alcanzamos de forma satisfactoria. Algunos individuos indagan en los aspectos espirituales para encontrar el Paraíso, surgiendo religiones, sectas, grupos espiritualistas o místicos, etc.

- **Isla**

La isla es un elemento recurrente en el arte y las creencias religiosas. Su simbolismo es complejo y ambiguo (Albert, 2003, pp. 283-284; Stanilewicz, 2008): por una parte se

asocia a las ideas negativas de aislamiento, confinamiento y muerte, de hecho, algunas islas han sido usadas como prisiones; por otra parte, es el lugar propicio para situar un tesoro, una sociedad perfecta (Atlántida, Utopía) o el Paraíso (morada del Noble Salvaje o de las almas de los bienaventurados: Islas de los Bienaventurados, *Tír na nÓg*, *Ávalon*). Una isla o un bote flotante en el mar se emplea como símbolo del paraíso en sueños (Dudley, 1958) y en poesía (Pérez-Rioja, 1994). En general, tiene el sentido simbólico de aislamiento, soledad y muerte. A menudo se asocia a la figura femenina, como sucede en la Odisea, donde Circe y Calipso son señoras de sendas islas, Eea y Oigia (Cirlot, 2006). La isla es símbolo de un centro espiritual, y más precisamente del centro espiritual primordial (Chevalier, 1999), asemejando isla a Paraíso.

La isla de *Syros* se identifica con la *Thule* griega, la Isla Blanca, cuyo nombre (*Svetadvipa*) se encuentra en los mitos vinculados a Vishnú de la India y se atribuye al templo de Prasat Kok Po en Camboya. La Isla Blanca es una morada de los bienaventurados, al igual que la isla verde céltica (que encierra la montaña blanca polar), cuyo nombre se encuentra en el de Irlanda. Las primordiales japonesas son Awa, isla de la espuma y sobre todo Onogoro-Jima. Están formadas por cristalización de la sal que gotea de la lanza de Izanagi, y son también islas blancas. Según la tradición musulmana, el paraíso terrenal está situado también en una isla: la de Ceilán. Zeus es originario de la isla sagrada de Minos, patria de los misterios. Son también islas paradisíacas las que los mitos chinos sitúan sobre el Mar oriental y que sólo pueden alcanzarlas quienes saben volar, es decir, los inmortales (Chevalier, 1999).

Los celtas siempre representaron el otro mundo y el más allá maravilloso de los navegantes irlandeses en forma de islas localizadas hacia el oeste (o al norte) del mundo. Los dioses irlandeses o los *Tuatha De Danann*, tribus de la diosa Dana, vienen con sus talismanes maravillosos de las cuatro islas al norte del mundo. La propia Irlanda es una isla divina, pero parece que la isla por excelencia haya sido Gran Bretaña, porque

es allí donde los druidas iban a perfeccionar su instrucción. La isla es un mundo reducido, una imagen del cosmos completa y perfecta. La isla es simbólicamente un lugar de elección, de ciencia y de paz, en medio de la ignorancia y la agitación del mundo profano. Representa un centro primordial, sagrado por definición, y su color fundamental es el blanco. El antiguo nombre de Gran Bretaña es *Albión, La Blanca* (Le Roux, 1962).

Las Islas de los Bienaventurados es una denominación muy habitual en occidente para las Islas Paraíso. La expresión griega *makaron nesoi*, que en un momento dado los latinos tradujeron por *fortunatorum insulae*, de donde posteriormente derivaría la designación geográfica *Fortunatae Insulae* (“Islas Afortunadas”), ha dado nombre a uno de los más célebres mitos de la cultura occidental que cuenta con casi treinta siglos de historia. Nos encontramos ante una noción que empieza formando parte de un mito, el de las Edades, a la par que se integra en unas ideas religiosas sobre la vida en el Otro Mundo, para terminar designando, fundamentalmente, a un grupo de Archipiélagos del Atlántico (Azores, Madeira, Canarias y Cabo Verde) denominados en algún momento de su historia “Islas Afortunadas”. Es más, el geólogo y botánico inglés Philip Barker Webb (1793-1854) acuñó el término “Macaronesia” para designar la región biogeográfica constituida por estos Archipiélagos (Martínez, 1999).

La primera mención de unas Islas de los Bienaventurados en la literatura occidental tiene lugar hacia el 700 a.C. en la obra de Hesíodo *Los Trabajos y Días*; un poema didáctico en uno de cuyos pasajes se introduce uno de los mitos más famosos en relación con el género humano: el mito de las Edades o de las Razas, más conocido como mito de la Edad de Oro (Martínez, 1999).

Heródoto (490-425 a.C.), en su *Historia*, es el primero que alude a un lugar geográfico realmente existente (Schrader, 1979, pp. 65-67). Heródoto habla de la ciudad egipcia llamada *Auasis, Oasis* o *Hiasis*, situada en el oasis de *Kharga* (denominado *Iu-hesyu* en

lengua egipcia y *makaron nesos* en griego) y habitada por los samios. Otras ciudades egipcias, Cánobos y Cefirio, fueron denominadas Campos Elíseos por algunos autores antiguos, y las islas de Lesbos, Creta y Rodas fueron denominadas en algún momento *macaron*. En los tiempos de Platón y Aristóteles las Islas de los Bienaventurados es una creencia popular, no un recurso poético o literario (Martínez, 1999), y Platón las describe como lugares:

"donde cosechas generosas hacen crecer en abundancia toda clase de frutos, donde fluyen fuentes de aguas puras, donde variados prados ofrecen un aspecto de primavera por sus flores multicolores, donde hay conversaciones para los filósofos, teatros para los poetas, coros de danza, donde se oye música, donde se celebran banquetes bien cuidados, festines ofrecidos espontáneamente, como las contribuciones de coregos: una total ausencia de aflicción y una dulce existencia. No hay ni crudo invierno ni caluroso verano, sino que sopla un aire bien suave, atemperado por los dulces rayos del sol" (Gómez, 1992, pp. 422-423).

Próximo al concepto de Islas de los Bienaventurados está el de Llanura Elisea (*Elysion pedion*) que encontramos en la Odisea, obra más o menos contemporánea de Hesíodo. La expresión griega la tradujeron los latinos, entre otras versiones, por *Elysii Campi*, Campos Elíseos. Los Campos Elíseos poseen historia propia e independiente del de las Islas de los Bienaventurados, pero ambas denominaciones se refieren a un lugar de residencia de determinados héroes y en muchos casos se confunden o usan de forma indistinta los términos Campos Elíseos e Islas de los Bienaventurados (Martínez, 1999). El mito de las Islas de los Bienaventurados como una tierra de felicidad, otras veces llamada *Eliseo* o *Paraiso*, forma parte de una amplia concepción, extendida por todo el mundo, según la cual la humanidad ha vivido, vive o vivirá en una situación más dichosa de lo que vive en la actualidad. Es problemático decidir dónde pudo originarse

la idea de unas Islas de los Bienaventurados (Martínez, 1999) y existen diversas teorías al respecto. Este mito juega un papel muy importante en la literatura y religión celtas, como han puesto de manifiesto, entre otros, los trabajos de Beauvois (1883), MacCulloch (1911) y Patch (1956), así como en la de las Islas Británicas (Bennett, 1956). En la cultura hindú, en especial en los grandes poemas épicos del *Mahâbhârata* y *Râmâyana*, se describen igualmente unas tierras de felicidad, entre las que sobresale una “isla esencial”, dorada y embellecida, que a veces recibe el nombre de “isla de las joyas”, adornada con los elementos propios de este mito. Algo parecido podría decirse también de la cultura japonesa, en la que encontramos el concepto de *Horaisan*, la tierra de la vida eterna (Perry, 1921). Igualmente, la cultura tradicional china conoce unas Islas de los Bienaventurados, situadas en el Pacífico, en la costa oriental del país, que serían cinco y se llamarían *Tai Yu*, *Yuan Chiao*, *Frang Hu*, *Ying Chou* y *P’eng Lai* (Yetts, 1919). Por último, cabría citar las tribus indias del sudoeste americano en las que se puede encontrar la idea de unas islas de felicidad en términos muy parecidos a este mito (Biedermann, 1993). Esto da una idea de lo extendida que está por todo el mundo la concepción de unas islas relacionadas con la vida feliz e inmortal. En vista de ello, no es exagerado plantear la hipótesis de una concepción perteneciente al imaginario colectivo de la humanidad (Martínez, 1999).

La complejidad de este simbolismo de la isla se presta a situar en ellas historias con valor iniciático, en las que el héroe debe afrontar un gran riesgo, enfrentándose a dificultades de todo tipo (monstruos, trampas, tentaciones, enemigos) para alcanzar el conocimiento de sí mismo, la madurez o un tesoro material (Albert, 2003, pp. 283-284). La serie de televisión “Lost” es el más reciente ejemplo de este tipo de narraciones, que tiene su precedente en novelas como “Robinson Crusoe” de Daniel Defoe o “La isla misteriosa” de Jules Verne.

- **El Buen Salvaje**

Durante la antigüedad y la edad media el salvaje o bárbaro era el símbolo del otro no civilizado. Durante el Renacimiento aparece una dicotomía en la valoración de la barbarie, para unos continúa siendo sinónimo de inferioridad y depravación, mientras que para otros pasó a designar una expresión de inocencia natural (Barabas, 2000). El modelo del buen salvaje queda testimoniado en el siglo XVI en el poema de Hans Sachs ofrecido a los hombres de las ciudades por los hombres salvajes, donde el modo de vida de estos últimos adquiere características utópicas al ser equiparado con el Paraíso y la Edad de Oro (Renard, 1990).

En *Los Trabajos y Días*, Hesíodo representa las distintas edades de la raza humana, concebidas como cinco momentos sucesivos de una involución que revela la decadencia del hombre. En la edad de oro los hombres constituyeron una “raza de oro” y vivieron como dioses, sin tristeza, libres de sufrimientos y dolores. Cuando morían parecían entregarse a un sueño feliz y profundo. La tierra entregaba frutos en abundancia, sin que fuese necesario trabajarla. Mas la raza siguiente, la que Hesíodo llama de plata, no era tan noble como la de oro. Estos hombres eran infelices a causa de su propia estulticia, además de ser grandes pecadores y ultrajadores de los otros hombres. Al no ofrecer los sacrificios debidos a los dioses, Zeus los borró de la faz de la tierra. La tercera raza, que Hesíodo llama de bronce, “terrible y muy fuerte”, era inferior a la de plata. Estos eran muy crueles y violentos y se aniquilaron mutuamente hasta que no quedó ni uno. Entonces Zeus creó una cuarta generación de hombres, que Hesíodo llama de los semidioses, más nobles y justos. Las guerras los exterminaron en parte, mas a los demás Zeus dio como demora estable una isla lejana de los hombres, en los confines de la tierra. De manera que éstos viven sin sufrimientos en las islas felices, en medio de mares profundos, como héroes a quienes la tierra da trigo y frutos tres veces por año. Después de estos semidioses felices que habitan las islas en los confines de la tierra, Zeus creó una quinta raza, la de hierro, y los hombres de esta raza jamás cesan de sufrir

los trabajos y los dolores diarios, ni de perecer durante la noche: y los dioses los condenarán a sufrir continuamente (Evelyn-White, 1959, p. 10).

Ovidio, en *Las Metamorfosis*, habla de un estado inicial de inocencia donde el hombre vivió feliz sin ciudades, ni propiedad, ni armas, ni leyes, ni trabajos:

"La misma tierra, sin que nadie la obligara, ni la tocara con un arado o con la azada, daba de sí todo lo que fuese necesario al hombre. Y los hombres, contentos por el alimento recibido sin esfuerzo, cogieron los frutos de los árboles, fresas de las lomas de las montañas, cerezas de cornejo, membrillos nacientes en abundancia de las ramas espinosas de las matas y bellotas caídas de las amplias ramas del árbol de Zeus. La primavera duraba entonces para siempre y los céfiros agradables con sus soplos tibios se deleitaban con las flores que nacían sin que nadie los plantara. Entonces la tierra, sin ser cultivada, daba sus cosechas de trigo y los campos, sin arar, se volvían blancos de espigas llenas de trigo" (Miller, 1971, pp. 8-10).

En *Los Trabajos y Días*, en que trata de las cinco edades del hombre, Hesíodo concibe tres ideas que serán constantes en el pensamiento occidental: 1) la idea de la edad de oro; 2) la idea de una existencia feliz en las islas de los confines del mundo, y 3) la idea de la edad de hierro como la de la corrupción y del mal (Cro, 1977, p.42). Hesíodo y otros autores como Ovidio pusieron las bases en occidente para el mito del Buen Salvaje o Noble Salvaje.

La imagen de un hombre salvaje con una vestimenta de hojas o de pieles es frecuente en casi todos los folklores. También tiene relación este ser con países fabulosos como la isla de San Brandán, o las tierras del Preste Juan. Pero el salvaje no sólo es el hombre primitivo, sino el caballero decaído de su condición o el que ha enloquecido. El mito del Buen Salvaje, o del Noble Salvaje es un tópico muy frecuente en la literatura y el

pensamiento europeo de la Edad Moderna, cuyo origen se encuentra vinculado a la exploración de América y al contacto con su población indígena, y aun en la actualidad forma parte del imaginario de muchas personas sobre la relación entre los pueblos civilizados y los primitivos. Durante el renacimiento se unificaron definitivamente el mito del Buen Salvaje con el de las Islas Felices, auspiciado por la búsqueda de una "*renovatio*" moral de la sociedad europea:

"Los textos de los primeros cronistas del descubrimiento de América nos revelan la idea central de dos motivos relacionados con la elaboración de la utopía moderna: la interpretación del encuentro entre los europeos corruptos y decadentes con los habitantes inocentes y felices de las islas halladas por Colón; de este encuentro surge la comparación entre el indio y el europeo, favorable al primero [...] dos mitos seculares de origen clásico se funden en uno solo como consecuencia de la experiencia que la cultura del renacimiento tuvo del Nuevo Mundo" (Cro, 1977).

Este discurso de "*renovatio*" y contraposición moral entre Nuevo y Viejo Mundo posee reminiscencias de la edad de oro y la edad de hierro descritas por Hesíodo (Cro, 1977) y ya era el motivo perseguido por *La Germania* de Tácito (Perret, 1967). Cristóbal Colón describe los habitantes del nuevo mundo como gentes dóciles, temerosas y maravilladas de los españoles que habían acompañado al Almirante. Las islas y la tierra firme descritas en su *Diario* aparecen como tierras benditas por su clima templado y la abundancia de frutos. Colón identifica estas islas con el Paraíso Terrenal: "En conclusión, dice el Almirante que los Santos Padres y los sabios filósofos dijeron que el Paraíso Terrenal está en el Extremo Oriente porque es un lugar muy templado" (Colón, 1971, p. 147). En Colón se verifica una novedad importante: el mito clásico de la edad

de oro y del buen salvaje es asimilado a la tradición bíblica de la expulsión del Paraíso Terrenal y del redescubrimiento del mismo en el Nuevo Mundo (Cro, 1977, p. 48).

Textos como los de Cristóbal Colón o de Bartolomé de las Casas fueron un elemento básico en el fomento de este mito y la Leyenda Negra sobre la colonización española no podría entenderse sin él. En este mito, los indígenas americanos son descritos como seres virtuosos, amables, generosos, sanos ingenuos, sinceros, confiados, pacíficos, tranquilos y sabios que vivían en armonía con la naturaleza en contrapunto con los conquistadores (símbolo del hombre civilizado) abyectos, sanguinarios, torturadores, entregados a la codicia y al fanatismo. Los indígenas siempre han sido una reserva inagotable de imágenes manipulables y el imaginario que trata sobre ellos es tan rico como contradictorio, ya que puede concebirlos como hijos del Paraíso o como salvajes culpables del subdesarrollo nacional (Barabas, 2000; Ramos, 1998).

El principal problema del mito del Buen Salvaje es que muchas culturas "primitivas" padecen los mismos defectos que la civilización occidental. Estudios antropológicos superficiales y parciales han servido de sustento para la pervivencia de este mito. En el cine de los últimos años se pueden ver referencias críticas con este mito ('Apocalypto' de Mel Gibson) o referencias elogiosas a él y a la hipótesis Gaia de James Lovelock ('Avatar' de James Cameron).

EL DESTINO TURÍSTICO COMO CONCRECIÓN DEL MITO

De la revisión realizada de los elementos míticos se llega a la idea de que los conceptos de Isla y Paraíso se encuentran interrelacionados formando la Isla Paradisiaca, como una tierra de abundancia y felicidad bajo un sol radiante, que se divide en dos tipos: la Isla Paradisiaca Deshabitada y la Isla Paradisiaca habitada por el "Buen Salvaje". La Isla Paradisiaca aparece frecuentemente y desde la antigüedad en las narraciones de viajes reales o imaginarios, y es un anhelo de búsqueda para exploradores, primero, y

turistas, después. En la actualidad, la búsqueda de la Isla Paradisiaca puede verse en hechos como la compra de islas por parte de artistas, deportistas o empresarios millonarios (Isla Paradisiaca Desierta) o en la predilección por los destinos turísticos insulares (islas del Mediterráneo, islas del Caribe, Bali, islas Maldivas, islas Seychelles, Polinesia Francesa, islas Fidji, islas Hawai, islas Galápagos, etc.) o con un acceso terrestre tan dificultoso como si se tratara de una isla (Isla Paradisiaca habitada por el "Buen Salvaje"), siendo sustituidas las tribus hospitalarias con los extraños por los profesionales del sector turístico.

Si el éxito de un destino turístico vacacional depende de su semejanza con el mito expuesto, es necesario determinar de forma clara que elementos componen este mito universal de la Isla Paradisiaca Habitada por el Buen Salvaje y como concretarlos en la oferta de un destino. Los principales elementos del mito y como llevarlos a la realidad de un destino vacacional son:

- *Isla*. Se trata de un espacio geográfico aislado, preferentemente una isla de dimensiones no muy extensas, aunque puede tratarse de un oasis u otra zona geográfica de difícil acceso.

Normalmente se trata de islas de dimensiones relativamente fáciles de recorrer, ya que las islas muy extensas pierden la percepción de isla a ojos de los visitantes. El regreso al paraíso implica abandonar el mundo cotidiano y sin el aislamiento que aporta una pequeña isla no se consigue la percepción de desconexión de los sufrimientos diarios. Por ellos, las pequeñas islas del Caribe, el Mediterráneo, el Índico, el Pacífico o el Atlántico poseen una imagen más paradisiaca que las grandes islas (Cuba, Sicilia, Australia, Java, Borneo, etc.).

En algunos mitos se habla de islas flotantes o islas móviles. Estas islas son asimilables a barcos y la descripción de una isla paradisiaca móvil o flotante puede considerarse una metáfora de los cruceros turísticos modernos.

- *Tierra de abundancia.* La abundancia de frutas, cereales, agua, dulces (leche y miel), etc. es un elemento típico de este mito. Además se consigue esta abundancia sin esfuerzo por parte de los hombres. Desde el inicio de la agricultura se ha buscado replicar esta situación con el desarrollo del regadío y la creación de frondosos jardines poblados por frutales, aunque ello implique esfuerzo.

En un destino turístico esta abundancia se consigue con un esmerado cuidado del paisaje y los jardines de los complejos turísticos por un parte. Y, por otra parte, con centros de frutas y flores, abundancia de comida e innovaciones técnicas que permitan minimizar el esfuerzo del huésped durante su estancia. Debe buscarse que el huésped pueda disfrutar del máximo reposo y la máxima abundancia simultáneamente. La actividad física debe ser una opción, no una obligación.

- *Clima.* "No hay ni crudo invierno ni caluroso verano, sino que sopla un aire bien suave, atemperado por los dulces rayos del sol" (Gómez, 1992, p. 423). Todos los mitos describen un clima primaveral durante todo el año, con muchas flores, soleado y refrescado por una suave brisa. Esto se concreta en temperaturas lo más estables posible entre los 20 y 30 grados centígrados, tiempo soleado, brisa suave y sin perturbaciones climáticas (tormentas, fuertes vientos, neblinas o brumas, etc.).

El periodo del año que un destino vacacional cumpla con estas características será temporada alta. Por ejemplo, en el Mediterráneo y Europa los meses de verano, y en el Caribe y sudeste asiático todo el año salvo los meses de huracanes, tifones y monzones. A mayor ajuste a esta condición, mayor temporada turística y mayor rentabilidad de las inversiones.

Si se trata de una isla, el efecto del mar permitirá reducir las oscilaciones térmicas y facilitar el cumplimiento de esta condición. Si además se trata de una isla tropical, la temporada turística será de casi la totalidad del año. Por ese motivo, la gran mayoría

de destinos vacacionales más admirados se encuentran entre las latitudes de los dos Trópicos.

- *Blanco*. Como representación de sacralidad, pureza y virtud, y como metáfora de los rayos de sol. La importancia del color blanco es tal que en muchos casos las islas paradisíacas son denominadas Isla Blanca.

En la práctica vemos que se fuerza la presencia del color blanco en la promoción turística de dos formas. La primera, dándole ese color a todo lo que sea posible (ropa, cortinas, casas, postes, embarcaciones, etc.). Esto implica pintar, teñir o decolorar todas las cosas obra de humanos que lo permitan (ropa y telas blancas, construcciones encaladas, etc.), implicando una fabricación de la imagen turística que luego se promocionará. En segundo lugar, describiendo como blancas cosas de la naturaleza que en realidad son de colores pálidos, ocre i beige principalmente, o como colores claros cuando no es asimilable al blanco (aguas turquesa en vez de azules). El ejemplo más claro de esta costumbre lo tenemos en las “playas de arena blanca”, cuando en realidad suelen ser ocre claros o amarillos, y sólo las playas formadas por la descomposición de esqueletos de corales blandos son realmente blancas.

- *Entretenimiento*: conversaciones, fiestas, teatro, música, banquetes. Aunque la actividad principal que atrae a los turistas a estos destinos turísticos es el descanso y el relax, es necesario ofrecerles algo para los momentos en que deseen romper ese descanso.

Esto implica, en el momento presente, ofrecer excursiones, actividades acuáticas y otros pasatiempos, pero sobre todo fiestas, banquetes, música y espectáculos. Estas fiestas y espectáculos deben ser sorprendentes y grandiosos en comparación con lo que viven habitualmente los turistas en sus lugares de residencia. Pensemos que las mayores discotecas del mundo se encuentran en destinos turísticos de este tipo, las

fiestas y ritos tradicionales de estas regiones han sido exageradas para que resulten más atractivas, y las fiestas nocturnas al aire libre (legales o ilegales) son muy comunes en estos destinos turísticos.

- *Ausencia de aflicción y enfermedades.* El viaje a un destino turístico vacacional busca regresar por un tiempo al estado de bienestar primigenio que representa el Paraíso Terrenal. Esto es, un clima suave y abundancia de comida, como huida del frío, la escasez y el trabajo, pero también se busca escapar de la violencia y de la enfermedad. Este hecho conlleva que las regiones con presencia de enfermedades graves (malaria, tifus, etc.) o casos de violencia frecuentes (guerras, violencia social o ritual, etc.) tienen muchas menos posibilidades de desarrollarse turísticamente.

En la práctica, esto implica que la erradicación de enfermedades graves y comportamientos violentos es un elemento necesario y previo al desarrollo turístico, ya que de lo contrario los esfuerzos realizados resultarían inútiles.

Las características ecológicas y sociales de las pequeñas islas facilitan el cumplimiento de esta condición, respecto a las grandes islas o las tierras continentales, pero no siempre es garantía de ello. Por ejemplo, muchas islas de Melanesia (Figura 1) aún tienen presencia de enfermedades como la malaria y hasta hace poco más de cincuenta años existían tribus muy violentas y con rituales caníbales, mientras que en las islas de la Polinesia estos elementos eran desconocidos (Huffman, 1996).

- *Noble Salvaje.* En la práctica se traduce en un trato hospitalario por parte de los trabajadores del sector y los residentes en general, tanto población autóctona como nuevos residentes. Vinculado al grado de hospitalidad encontramos las actitudes de los residentes hacia el turismo y la sociedad tradicional de la región. En las regiones con fuerte presencia de una hospitalidad tradicional que no busca una

contraprestación inmediata y con actitudes positivas hacia el turismo, el desarrollo turístico es más rápido y exitoso.

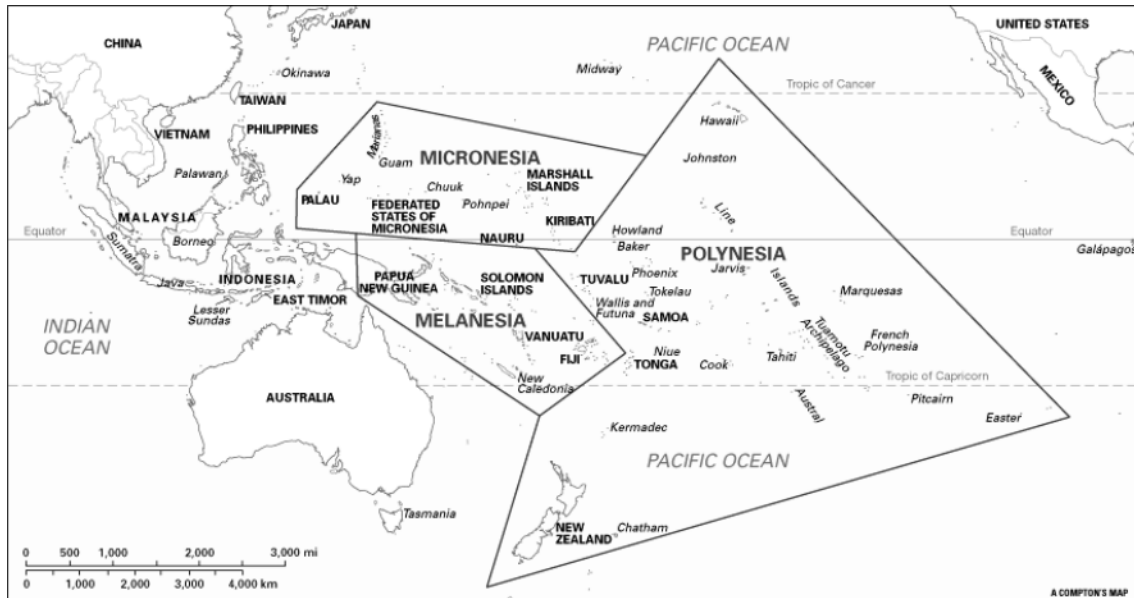


Figura 1: Oceanía.

Fuente: Encyclopædia Britannica, Inc.

Las islas mundialmente más famosas se caracterizan por una sociedad tradicional con mayor tolerancia y hospitalidad hacia las personas llegadas desde fuera. Las diferencias culturales explican el mayor peso internacional de Bali como destino turístico en comparación con el resto de islas de Indonesia. Bali es una isla pequeña, tropical, como muchas en la zona, pero su población es mayoritariamente hinduista a diferencia del resto de Indonesia (Badan Pusat Statistik, 2010). Al comparar Melanesia y Polinesia (Figura 1), en ambos casos las poblaciones son hospitalarias pero, mientras en Melanesia esperan una contraprestación inmediata a su hospitalidad, en Polinesia esperan que su hospitalidad presente sea compensada con una hipotética hospitalidad futura hacia ellos (Huffman, 1996).

La búsqueda de una explicación en la mitología universal es una idea bastante novedosa y, aunque Korstanje (2009) analiza el origen mítico de las vacaciones anuales como un ritual establecido por pasajes del Génesis y el Éxodo del Antiguo Testamento, parece lógico considerar que deben ser mitos muy antiguos y universales los que inspiren los viajes vacacionales, ya que son más universales que el conocimiento del Antiguo Testamento y la tradición judío-cristiana.

CONCLUSIONES

La isla, un punto rodeado por la inmensidad de la nada, aparece a lo largo del tiempo desde que existe la escritura y en todos los confines colonizados por los seres humanos. Es el origen del universo y nuestra posición en él, se encuentra en el interior de las personas y es un fin a alcanzar en su forma paradisiaca, una vuelta a un supuesto origen anhelado. Aparece una isla en el origen del mundo, Odiseo intenta regresar por todos los medios a su paraíso personal y Temujín gobierna la inmensa isla que es el mundo con el título de Genghis Khan, señor de los océanos. En todas las mitologías del mundo aparece el concepto de isla en su acepción más amplia.

La Isla Paradisiaca es el origen de la humanidad y el lugar donde se quiere regresar, es el bien que queremos alcanzar en nuestro interior, y guarda todo lo bueno conocido y por conocer. A veces, es una metáfora del cielo y otras el cielo en sí mismo. La Isla Maldita guarda los males, lo desconocido o incomprensible para las personas, la magia y los poderes de seres suprahumanos, y es la fuente de nuestros miedos. La Isla Maldita suele acompañar a la Isla Paradisiaca, como representación del equilibrio entre las fuerzas opuestas y recordatorio de lo que tienen y pueden perder los habitantes del Paraíso. En cierto modo es una prueba para la humanidad.

La Isla Paradisiaca es la luz, es luminosa y de colores claros. El color que la simboliza es el blanco, blanco perfilado de azul en muchos casos. Mientras que la Isla Maligna es oscura, misteriosa y habitada por lo desconocido.

Las islas pueden estar situadas en lugares inalcanzables o de difícil acceso. A veces es un lugar lejano y con un camino peligroso para llegar, pero en otros casos la dificultad es más grande por el hecho de que la isla se mueve. Siendo una metáfora de estas islas móviles los barcos que surcan los mares. Estos barcos pueden ser, como las islas, paraísos o misteriosos y malignos.

La humanidad ha buscado desde tiempos remotos el paraíso, regresar al lugar perfecto del que cree fue expulsado. Así el ser humano ha buscado, explorado y migrado por la tierra hasta conquistarla íntegramente, y en algunos lugares las conquistas han sido muchas y sucesivas. De esta forma las naciones occidentales han conquistado América, África, el Sudeste Asiático o las islas del Pacífico.

Cuando se ofrece un producto turístico la necesidad humana que se pretende cubrir es el ansia de regreso al Paraíso, a la Isla Paradisiaca, sea en un paraje natural (islas o costas tropicales, montañas o parajes naturales, etc.) o humano (ciudades, palacios, monumentos, etc.). Cuando creamos una oferta turística ofrecemos regresar al Paraíso Perdido por un tiempo y un precio, y el éxito de esta oferta viene determinado por su grado de ajuste al mito aquí expuesto.

REFERENCIAS

Albert, J. M. (2003). *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Óptima.

Badan Pusat Statistik (2010). *Censo de 2010*. Web: www.bps.go.id [consultado el 10 de agosto de 2013]

Barabas, A. M. (2000). La construcción del indio como bárbaro: de la etnografía al indigenismo. *Alteridades*, 10(19), pp. 9-20.

- Bearman, P. J. *et al.* (edi.) (1960-2005). *Encyclopaedia of Islam*. Leiden: E. J. Brill.
- Beauvois, E. (1883). L'Elysée transatlantique et L'Eden occidental. *Revue de l'Histoire des Religions*, VII, pp. 273-318.
- Bennett, J. W. (1956). Britain among the Fortunate Isles. *Studies on Philology*, 53, pp. 114-140.
- Biedermann, H. (1993). *Diccionario de Símbolos*. Barcelona.
- Burckhardt, T. (1947). *Art and thought*. London: Luzac & Co.
- Chevalier, J. (1999). *Diccionario de los Símbolos*. Barcelona: Herder.
- Cirlot, J. E. (2006). *Diccionario de Símbolos*. Madrid: Ediciones Siruela.
- Colón, C (1971). *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. Madrid: Colección Austral, Espasa-Calpe.
- Corbin, H. (1995). *Trilogie ismaélienne*. París: Éditions Verdier.
- Cro, S. (1977). Las fuentes clásicas de la utopía moderna: el "Buen salvaje" y las "islas Felices" en la historiografía indiana. *Anales de Literatura Hispanoamericana* 6, 39-52.
- Dudley, G. A. (1958). *Sentido y Significado de los Sueños*. Barcelona: Maucci.
- Eliade, M. (1977). *Yoga, inmortalidad y libertad*. Buenos Aires: La Pléyade.
- Eliade, M. (2008). *Mefitófeles y el andrógino*. Barcelona: Editorial Kairós, S.A.
- Evelyn-White, H. G. (1959). *The Homeric Hymns and Homerica*. Cambridge: Harvard University Press.
- Gómez, P. (1992). *Platón. Diálogos, vol. VII*. Madrid: Editorial Gredos.
- Griaule, M. (1956). Note sur un couteau de circoncision bozo. *Journal de la Société des Africanistes*, 26, pp. 7-8.
- Grousset, R. (1951). *La Chine et son art*. París: Editions d'Art et d'Histoire.
- Guénon, R. (1925). *L'homme et son devenir selon le Védanta*. París: Bossard.
- Guénon, R. (1927). *Le roi du Monde*. Paris: Ch. Bosse.

- Guénon, R. (1969). *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*. Buenos Aires: Eudeba.
- Guénon, R. (1976a). *El esoterismo de Dante*. Buenos Aires: Dédalo.
- Guénon, R. (1976b). *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos*. Madrid: Ayuso.
- Huffman, Kirk W. (1996). Honorary Curator of the Vanuatu Cultural Centre. Comunicación personal.
- Korstanje, M. (2009). Interpretando el genesis del descanso: una aproximación a los mitos y rituales del turismo. *Pasos: Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 7(1), pp. 99-103.
- Lao Tse (2005). *Tao Te King*. Barcelona: Ediciones Obelisco S.L.
- Le Roux, F. (1962). Les Îles au Nord du Monde. En Renard, M. *Hommages à Albert Grenier*. Bruselas: Berchen, pp. 1051-1062.
- Lebor Gabála Éirenn* (1938-1956). 5 vol. Londres: R.A.S. Macalister.
- MacCulloch, J. A. (1911). *The Religion of the Ancient Celts*. Edimburgo.
- Martínez, M (1999). Las islas de los bienaventurados: Historia de un mito en la literatura griega arcaica y clásica. *Cuadernos de Filología Clásica: Estudios griegos e indoeuropeos*, 9, 243-279.
- Maspéro, H. (1950). *Le Taoïsme*. París: Pub. Du Musée Guimet.
- Miller, J. (1971). *Ovidio. Metamorphoses*. Cambridge: Harvard University Press.
- Nieto, S. (2004). Del jardín mítico al jardín del disfrute: Mesopotamia una aproximación al origen y concepto de los jardines. *Aparejadores*, 66.
- Patch, H. R. (1956). *El otro mundo en la literatura medieval*. México.
- Pérez-Rioja, J. A. (1994). *Diccionario de Símbolos y Mitos*. Madrid: Editorial Tecnos S.A.
- Perret, J. (1967). *Tacito. La Germanie*. Paris: Les Belles Lettres.

- Perry, W. J. (1921). The Isles of the Blest. *Folklore*, 32, pp. 150-170.
- Ramos, A. (1998). Convivencia interétnica en Brasil: los indios y la nación brasileña. En Bartolomé, M. y Barabas, A. (coor.). *Autonomías étnicas y estados nacionales*. Ciudad de México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Renard, J. B. (1990). El hombre salvaje y el extraterrestre: dos figuras del imaginario evolucionista. *El Medio Milenio*, 6.
- Schrader, C. (1979). *Heródoto. Historia. Libros III-IV*. Madrid: Editorial gredos.
- Schuon, F. (1950). *L'Oeil du Coeur*. París: Gallimard.
- Stanilewicz, G. (2008). L'île-enfant, sur le symbolisme littéraire de l'insularité. *Verbum Analecta Neolatina*, 10 (2), pp. 389-398.
- Stein, R. (1942). Jardins en miniature d'Extrême-Orient. *Bulletin de l'Ecole Française d'Extrême-Orient*, 43, pp. 1-104.
- Yetts, W. P. (1919). The chinese Isles of the Blest. *Folklore*, 30, p. 39 y ss.